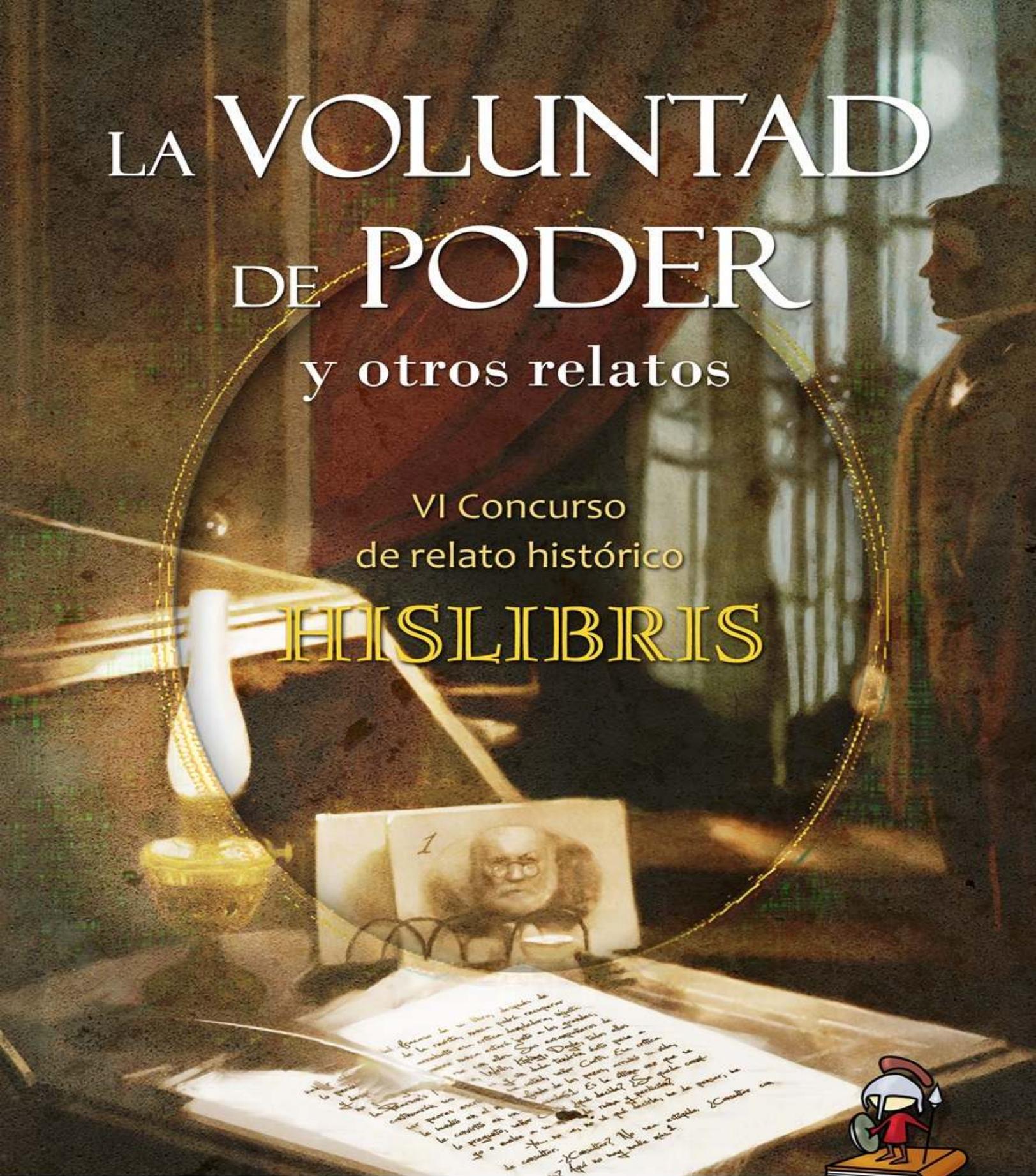


# LA VOLUNTAD DE PODER y otros relatos

VI Concurso  
de relato histórico

## HISLIBRIS



**Ediciones EVOHÉ**  
"VERBA VOLANT, SCRIPTA MANENT"

**Evook**  
Histórico-Mitológica

**LA VOLUNTAD DE PODER**  
**y**  
**otros relatos**

**HISLIBRIS**

**VI Concurso de Relato Histórico**



Ediciones EVOHÉ

## LA VOLUNTAD DE PODER

Luis Villalón Camacho

*Nulla dies sine linea*

Comienzo a redactar estas líneas sin mucho interés y casi como simple ejercicio mecánico; en ellas dejaré constancia de los últimos acontecimientos que han afectado a mi vida. Escribo de forma manuscrita aunque tengo junto a mí una *Remington* (1), pero evito usarla a estas horas de la noche por su sonoridad. Me llamo Stanley Hyne y soy escritor, aunque a decir verdad y a riesgo de que se considere falsa modestia, debería decir «escritor mediocre»; pero prefiero que ese particular lo juzguen otros. Lo cierto es que, mal que me pese, siempre he tratado de ser honesto conmigo mismo y la honestidad me lleva a afirmar que mis últimos textos publicados en la *Pearson's Magazine* (2) no han gozado del favor del público y su editor ha dejado de contar conmigo. La revista apenas cuenta con poco más de un año de vida pero ya ha adquirido cierto prestigio en los círculos intelectuales del país, y la publicación por entregas de una novela mía en sus páginas me reportaba gran satisfacción, además de ser la única fuente de ingresos con que contaba. El fin de esos ingresos ha traído como consecuencia el de la paciencia de mi casero quien, al no haberle yo podido satisfacer el pago de los cinco soberanos que le debía por el alquiler de las últimas semanas, me ha echado sin contemplaciones del cuarto en el que me hospedaba. De esto hace apenas tres días. Y ese periodo de tiempo es el que me dispongo a relatar brevemente, mientras espero

que me llegue el sueño más que por sincero deseo de rememorar, pero también porque un escritor, o un aspirante a ello, si pretende ganarse la vida en este oficio ha de tener en todo momento la pluma bien afilada.

Como acabo de decir, anteayer por la noche me vi en la calle con mis escasas pertenencias metidas en una maleta y unos cuantos chelines en el bolsillo. No viene al caso mencionarlo pero en la ciudad no tengo familia a la que recurrir, y si hubiera pedido ayuda a alguno de mis amigos, pocos, lo reconozco, me habrían recibido con burla y falsa conmiseración ya que nunca creyeron que pudiera ganarme la vida como escritor, y mi actual situación no habría hecho sino darles la razón y hundirme a mí en el ridículo y la vergüenza. El orgullo es lo que diferencia al hombre de las fieras y lo que lo eleva por encima de estas, y siendo este sentimiento lo único que me quedaba, a él me aferré. De modo que me dispuse a pasar la noche bajo las estrellas y a sobrevivir con el estómago casi tan vacío como mis bolsillos (3).

A la mañana siguiente recorrí la redacción de los diarios de la ciudad con mi maleta a cuestas en busca de trabajo, sin ningún éxito. Tampoco mis contactos en el mundo editorial dieron sus frutos: ninguna de las revistas que tienen sus oficinas por los alrededores precisaba de nuevos redactores. Desesperanzado, gasté la mitad del dinero que me quedaba comiendo en una pequeña taberna del centro y luego pasé la tarde deambulando por las calles. Al caer la noche no me quedó otro remedio que buscar acogida en algún hospicio para pobres, de los que hay varios en las afueras de la ciudad. Todos estaban llenos, en ninguno se dignaron ofrecerme un mísero plato de sopa o un triste rincón donde poder dormir bajo techo. De nuevo pasé la

noche al raso, una noche larga y fría durante la que no pude conciliar el sueño, dándole vueltas a mi desesperada situación. Mi habilidad como escritor, poca o mucha, es la única que tengo pero como acababa de comprobar, no valía gran cosa. No conoce uno la angustia del desaliento hasta que no lo vive en las propias carnes, y confieso que en algún momento me derrumbé; soy de espíritu frágil y voluntad quebradiza, poco acostumbrado a superar las dificultades de la vida. Así que sin darme cuenta empecé a acariciar la idea de quitármela, ya que esta se me había desmoronado en cuestión de horas con la facilidad con que caería un castillo de naipes ante el más leve soplo de viento. Pero antes de que el pensamiento del suicidio se afianzara en mi mente, el cansancio y el sueño hicieron más efecto que el hambre y la autocompasión, y me dormí (4).

El día siguiente empezó de modo muy parecido al anterior, aunque más desolador si cabe. Anduve por los arrabales de la ciudad, por los barrios obreros, buscando trabajar de lo que fuera. Pero es bien sabido que toda la hediondez y bajeza del género humano habita precisamente en los suburbios: apenas me permitían presentarme, y en cuanto veían mis manos finas y mis maneras educadas, y me oían hablar de un modo tan diferente al que por esos pagos se estila, solo obtenía a cambio mofas y escarnios que ni siquiera entendía (5). Siendo la pluma la única herramienta que sé manejar y el de escritor el único oficio en el que tengo algo de traza, nadie quería emplearme y en todas partes era despedido con cajas destempladas. Abatido y desanimado, me senté sobre mi maleta sin saber qué hacer ni adónde ir. Fue entonces cuando se me acercó un individuo bien vestido, con capa y sombrero oscuros,

guantes de piel y zapatos brillantes. «¿Eres escritor?» me preguntó retóricamente, pues sin duda me había oído mencionarlo en algún lugar. Asentí, y él continuó: «Necesito alguien que escriba para mí. Te ofrezco comida y alojamiento mientras dure el trabajo». Era un hombre de unos cincuenta años, mediana estatura, rostro circunspecto y voz grave. No me lo pensé dos veces y acepté el ofrecimiento, que tomé como una bendición del cielo. Me guió hasta su carruaje, una elegante calesa de dos caballos (6), y con un gesto me invitó a subir. Durante el trayecto me atreví a presentarme y a preguntarle su nombre, pero la parquedad de sus palabras, el semblante serio y la mirada perdida en las vistas a través de la ventanilla me disuadieron de pretender ir más allá en la conversación.

El cochero detuvo los caballos frente a una mansión de aspecto respetable junto al Támesis (7), en un distinguido barrio residencial. El interior no aparentaba gran lujo, más bien sobriedad y sencillez. Una vez dentro de la casa el caballero me condujo al piso de arriba y me mostró la que dijo sería mi habitación mientras durara mi estancia, lugar en el que me hallo ahora mismo. Me indicó la hora de la cena, noticia que recibí con gran aunque contenido alborozo pues no había probado bocado en todo el día, y me rogó le disculpara ya que sus ocupaciones le impedirían acompañarme durante la misma. Por la mañana del día siguiente nos pondríamos a trabajar, de modo que me dio las buenas noches y no volví a verlo hasta entonces (8).

Por ahorrar detalles y puesto que me veo ya vencido por el sueño, iré concluyendo mi relato. Esta mañana tras el desayuno, el señor xxx (9), pues así se llama mi anfitrión, me ha dado una serie de instrucciones sobre cómo se desarrollará mi trabajo aquí y en seguida nos hemos puesto

manos a la obra. Al parecer quiere dictarme lo que serán una especie de memorias: he de ejercer de escribiente, a modo de amanuense de abadía de los tiempos del rey Ricardo el del Corazón de León, utilizando la *Remington* que antes mencioné (10). Mi trabajo en la *Pearson's* me ha habituado al uso de la máquina de escribir, de modo que eso no me supone ningún problema. Habré de copiar todo lo que el señor xxx (11) me dicte, reproduciendo fielmente sus palabras. Tal vez, le he comentado en un intento de aportar algo y no limitarme a realizar una mera tarea mecánica, podría escribir al dictado tal y como me indica pero *a posteriori* sería conveniente que yo retocara el texto, el estilo de los párrafos, la ordenación de las frases, la selección de las palabras, en fin: que aplicara un formato más literario a lo que de entrada no será más que un texto en bruto copiado literalmente de un discurso pronunciado en voz alta. Esta propuesta ha parecido agradarle aunque ha puntualizado que las modificaciones que yo pueda hacer no han de alterar el contenido, la esencia ni el espíritu de sus memorias, por lo que querrá someter mi labor a un examen posterior. Temo que si empezamos a revisar lo revisado y a corregir lo corregido, entremos en un bucle del que nos cueste salir. Considero que el señor xxx debería darme la oportunidad de demostrar mis cualidades y dejarlo todo a mi buen criterio sin necesidad de más supervisión. Resulta un poco frustrante que no se me conceda la confianza para utilizar mis dotes literarias con libertad, pero no emitiré queja alguna (12), ahora que tengo trabajo, techo y comida, y hace aún menos de un día que estaba tirado en la calle sin saber qué sería de mí. Al diablo mis dotes literarias, ya tendré tiempo de emplearlas en

mejor ocasión, apenas tengo veinticuatro años y toda una vida de escritor por delante (13).

Ahora ya sí, el sueño se apodera de mí.

\*\*\*

De nuevo a una hora intempestiva retomo la pluma para seguir con mi narración, alumbrado desde la derecha del escritorio por un quinqué y desde la izquierda por el tenue resplandor de la luna llena que entra por la ventana (14). Esta mañana tras el desayuno he dispuesto de algún tiempo para conocer la casa ya que el señor xxx estaba ausente, y he aprovechado para hacer una rápida visita a la biblioteca. Cuenta con un impresionante número de volúmenes de los temas más variados, por lo que he podido observar. Si es cierto aquello de que la grandeza de un hombre depende del tamaño de su biblioteca, he de decir que mi anfitrión es sin dudarlo un gran hombre<sup>15</sup>. Había allí libros sobre zoología, medicina, arte, historia, filosofía... Pero reparé sobre todo en un precioso volumen que no estaba en su sitio sino sobre un sillón de lectura, de lo cual deduje que el señor xxx debía de estar leyéndolo por aquellos días. Era un ejemplar de un poema titulado *Ilíada*, escrito por un griego llamado Homero, con unas bellísimas ilustraciones de guerreros de épocas pasadas combatiendo al modo antiguo con espadas y lanzas (16). Sin embargo no pude contemplarlas como merecían porque el mayordomo de la casa apareció de improviso y me reprendió: al parecer al señor xxx no le gusta que nadie «toque sus cosas», esas fueron sus palabras, y me invitó a abandonar la estancia. Mientras cerraba las puertas con un llavín me informó de que, por deseo expreso del señor, todas las habitaciones de la casa permanecían siempre cerradas salvo aquella en la

que yo dormía y el salón; asimismo, me dijo que el señor se había ausentado por un asunto urgente y no volvería hasta después de comer. Aquello, lo confieso, me inquietó levemente.

—¿Nadie más vive aquí? —le pregunté, con sincera curiosidad.

—Nadie salvo el señor, la cocinera y yo. Y ahora usted, señor Hyne.

—Gracias... —contesté, invitándole a decir su nombre.

—Puede llamarme Joseph —respondió, con una leve inclinación de cabeza.

—Gracias, Joseph. En ese caso daré un paseo por los alrededores hasta la hora de comer.

—Como guste.

Y así lo hice (17). La residencia de mi anfitrión es la tercera de las que flanquean una amplia y arbolada avenida junto al Támesis de aspecto casi bucólico. Se trata de una zona agradable y tranquila que invita al paseo y la contemplación, muy diferente del ambiente oscuro y asfixiante en el que se encontraba mi anterior alojamiento, en el centro de la ciudad. En seguida reconocí los frondosos castaños de Indias que se hallan plantados a uno y otro lado de la calle brindando generosa sombra a los transeúntes; mi padre fue botánico y si algo aprendí de él es a distinguir las hojas de los árboles (18). Rodeé la mansión donde me alojaba y llegué al río, a escasos metros de la casa y al cual asoma la ventana de mi habitación, en una zona frondosa y apacible que me evocó el remanso de paz que mi espíritu necesitaba en aquellos momentos (19). Porque en efecto debo mencionar, y creo que ya es hora de que lo haga, que mi estado de ánimo, si bien no era (ni es, pues aún habita en mí) tan decaído como cuando me

encontraba en la calle, dista mucho sin embargo de haber hallado la tranquilidad. Y la causa no es otra que el señor xxx. Aunque no dejan de ser curiosas sus reiteradas ausencias a las horas de las comidas (aún no hemos compartido desayuno, comida ni cena), estas podrían ser perfectamente explicables con mil razones. Mi inquietud no estriba en tal cosa sino en su propia persona y en lo que ahora sé de él. Su aspecto, aunque serio y grave como ya dije, contrasta con su afabilidad en la conversación y la exquisita educación que trasluce de cada palabra y cada gesto. Una voz suave y sin estridencias fluye con apacible serenidad de sus labios, la cual alterna con silencios en los que parece que su mente se evade, como si marchara a otro lugar sin importarle lo que tiene ante sí (20). Tal cosa sucedió durante el trayecto hasta su casa el día que nos conocimos, y también en alguna otra ocasión desde entonces. Pero siendo esto extraño, no es lo que más me inquieta (21). Ya he mencionado que lo que el señor xxx me dicta son una especie de memorias, recuerdos de su infancia y juventud. Pues bien: en ellos afirma poseer el don de la invulnerabilidad (22). Sé que parece absurdo (23) pero así es. Reproduzco aquí, fiándome de mi memoria pues no tengo delante lo que esta tarde mecanografié, retazos de lo que hasta ahora me ha ido dictando (24):

«Cuando nació mi cuerpo escurridizo resbaló entre las manos de la partera. Mi cabeza chocó con estrépito contra el suelo y mi madre, que me vio caer, temió lo peor. Pero nada me sucedió salvo que mi llanto arreció.

»De niño fui el blanco de las palizas de mi padre, un borracho pendenciero que venía a casa a comer y dormir, y esto solo de vez en cuando. Mi hermano mayor se burlaba de mí continuamente y me golpeaba para desfogarse cada

vez que nuestro padre le había pegado antes a él. A causa de ambos mi cuerpo estaba siempre salpicado de hematomas, mis brazos plagados de moratones y a menudo llevaba hinchado algún ojo. Pero yo resistía, porque soy invulnerable.

»Una vez me caí de una gran altura; no recuerdo bien: era un terraplén o un pequeño barranco. Resbalé y me desplomé, mi espalda y mi cabeza se estrellaron contra un montón de piedras; cualquier otro se habría descalabrado o roto la espalda pero mi cuerpo magullado se puso en pie al instante. Otra vez me atropelló un cabriolé. El caballo pasó sobre mí y las ruedas rodaron sobre mi cuerpo. Pero de nuevo me levanté. El ocupante se detuvo y vino a socorrerme, pero cuando vio que estaba ileso pensó que era cosa de brujería y huyó despavorido. Mas no hay brujería en ello, sino un cuerpo que lucha contra el dolor porque tras él existe la voluntad de un ser que se impone a lo que debería suceder, una voluntad que prevalece por encima de lo que la naturaleza dispone.

»Quiero que se sepa que en este mundo ha existido una persona contra la que nada ni nadie ha podido jamás, una persona que ha hecho lo que ha querido, una persona invulnerable.

»A lo largo de mi vida he pensado mucho sobre ello, preguntándome si esto era un don o un castigo divino. Un don porque esta invulnerabilidad me hace, que yo sepa y así me lo ha parecido siempre en el transcurso de los años, único dentro del género humano. No solo único: mejor que ninguno, superior. Gracias a esa cualidad he sobrevivido donde cualquier otro hombre habría sucumbido. Pero también, como digo, me he preguntado con frecuencia si no se tratará en realidad de un castigo. Mi existencia parece

condenada al sufrimiento continuo, como si la Providencia, al saberme invulnerable, jugara a llevarme por derroteros de infortunio y adversidad. Porque a menudo he pensado que hay algo de predestinación en el hecho de que me hayan sucedido tantas desgracias como he tenido la desdicha de padecer. Y digo bien: padecer, porque soy invulnerable pero no inmune al dolor. Si me golpean sufro, si me cortan sangro. Mi perfección no es, pues, completa: mis cicatrices son prueba de lo que digo, mis huesos rotos y soldados una y otra vez son testimonio más fiel que cualquier juramento que pueda yo hacer».

Es, creo, evidente que no soy yo quien inventa este disparate sino él, y queda asimismo justificada mi turbación pues estoy por jurar que, tras la apariencia de cordialidad y buena disposición que casi siempre muestra el señor xxx, se oculta la mente de un pobre desequilibrado (25).

(26).

Esta noche el cielo está encapotado (27), como lo está mi ánimo, y de nuevo me siento impelido a contar lo sucedido en las últimas horas. Debo decir que lo que antes era inquietud ahora se ha tornado en angustia y preocupación extremas. La causa de este cambio, que ha tenido en mí un efecto fulminante, es la que trataré de relatar a continuación, en la medida de mis posibilidades. Y esta vez no será el sueño el que determinará que la historia sea más corta o más larga sino mi pulso, que hace que mi mano tiemble como una hoja.

Esta mañana de nuevo he desayunado sin más compañía en el salón que una silla vacía frente a mí. No me he molestado en preguntarle nada a Joseph para no parecerle impertinente, y creo que él lo ha agradecido. Más tarde me

he dispuesto a salir a pasear, pues es la única ocupación que al parecer se me permite en mi tiempo libre; y entonces he visto sobre la mesita de mármol que hay junto a la puerta de entrada un ejemplar de la *Pearson's Magazine*. Puede que el hecho no tenga nada de particular pero a mí me ha sobresaltado (28); en seguida se me ha acercado Joseph y se ha apresurado a decirme que el señor podría volver de un momento a otro y que en cuanto lo hiciera desearía reanudar su trabajo conmigo, de modo que prefería que yo no me ausentara aquella mañana. Para mitigar mi posible aburrimiento me ofrecía el último ejemplar de la revista por si me apetecía leerlo. No me he atrevido a preguntarle a Joseph si el señor xxx sabía de mi anterior relación laboral con la publicación (29).

El caso es que me he sentado en un sillón del salón y he tratado de no pensar en algo que sería descabellado; sin embargo la intranquilidad ya no me ha abandonado. Podía ser una simple casualidad, pero ¿y si no lo era? Si el que esa revista estuviera allí no era fortuito, significaría que el señor xxx me conocía antes de nuestro encuentro en las afueras de Londres. Me conocía y sabía que había trabajado en la *Pearson's*, y por tanto estaba al tanto de mi fulminante (30) despido y de mi triste destino desde entonces. En ese caso ¿por qué no lo había mencionado? Es más, ¿por qué me había espiado durante aquellos dos días? ¿Cuál era la razón de su ocultamiento (31)? ¿Y por qué jugaba ahora conmigo poniendo a mi alcance esta revista? De hecho ¿cuál es el motivo, el auténtico motivo de que esté yo en esta casa? (32)

En un intento por sacar de mi mente esos pensamientos he repasado, como si yo mismo ignorara la cruda realidad, los autores que aparecen en este último número de la

*Pearson's* y he comprobado, por si no era suficientemente consciente de ello, que mi nombre no está. Figuran los habituales Wells, Kipling, Doyle, White, las ilustraciones de Montbard, algún poema de sir Lewis Morris... pero ya no está mi nombre, no está Stanley Hyne, el escritor mediocre. Ni lo estará nunca más, estoy seguro de ello (33).

A media mañana ha regresado el señor xxx de dondequiera que haya estado (34). Ha descubierto la revista en mis manos y me ha parecido ver cómo en su rostro se dibujaba una sonrisa maliciosa, aunque quizá fuera mi imaginación la que me sugestionara para interpretar erróneamente lo que no sería más que un gesto de simpatía, al haber aceptado yo su sugerencia de leerla.

—Supuse que le gustaría leer eso para hacer más corta la espera —me ha dicho sin más mediación.

Por el tono de su voz no he logrado discernir si la frase era tan inocente como aparentaba o si albergaba algún doble sentido. Pero no me he atrevido más que a hacerle un comentario, cuya ingenuidad creo que no ha sido bien entendida:

—Se lo agradezco; al no poder entrar en la biblioteca, el tiempo mientras aguardaba su regreso se me habría hecho muy largo.

Me ha mirado fijamente con el semblante serio y, en lo que me ha parecido un cierto acceso de timidez y dando rodeos, ha tratado de excusarse.

—No me interprete mal, señor Hyne. Soy un hombre muy celoso de mi vida y cada una de las estancias de esta casa alberga... una parte de ella, incluyendo la biblioteca y también su dormitorio. Sé que en usted no existe ninguna intención indigna pero me sentiré mejor sabiendo que no hay un desconocido paseándose por mis habitaciones.

Excepción hecha, por supuesto, de la suya, donde, pese a lo que le acabo de decir, puede usted permanecer tanto tiempo como quiera (35).

Me he sentido avergonzado por lo que he interpretado como una velada acusación de indiscreción, y quizá él lo haya notado porque ha añadido lo siguiente:

—Es usted mi invitado, señor Hyne, pero ante todo es usted mi empleado, y las normas son estas. —Se ha creado un silencio incómodo que él ha roto con convicción—: Diga lo que está pensando, es el momento de hacerlo. Me gusta la gente que dice lo que piensa; sea lo que sea no me incomodará, se lo aseguro (36).

Pero no me he atrevido a replicarle y he callado. No me he atrevido a mencionar mis inquietudes respecto a la revista y él, como si supiera en qué estaba yo pensando, ha sonreído de nuevo con afabilidad, como suele hacerlo siempre, y no hemos vuelto a hablar del tema en todo el día, durante el resto del cual nos hemos dedicado él a dictarme sus recuerdos y yo a mecanografiarlos; él visiblemente emocionado e inmerso en su historia y yo con un torbellino de confusos pensamientos dando vueltas en mi cabeza. De nuevo ha insistido en el absurdo de que se considera invulnerable; no invencible, no que tenga el don de eludir la muerte, sino que no puede ser herido. No he llegado a entender el matiz (37), pero no es eso lo que más me ha preocupado. No reproduciré otra vez lo que me han parecido delirios de quien se cree diferente y superior a todos los demás; solo diré que ha pasado la tarde saltando de época histórica en época histórica, nombrando personajes que vivieron, civilizaciones que existieron y libros que se escribieron hace miles de años, mientras me explicaba lo que él ha definido como su «búsqueda de un

igual»: el Gilgamesh de los sumerios, el Aquiles de los griegos, el Sansón de los judíos, el Sigfrido de los germanos... (38). Y en esa búsqueda, que el Cielo me dé fuerzas para seguir escribiendo y dejar así al menos constancia de ello, ya que empiezo a temer por mi propia vida, en esa búsqueda el señor xxx ha cruzado varias veces una línea que jamás se debe traspasar, la línea que separa una conducta honorable de otra deplorable, que separa al ser humano de los animales irracionales, a la civilización de la barbarie. El señor xxx es un asesino, así lo escribo pues esta es la verdad: ha matado gente inocente con el único objetivo de afianzar su convicción de que no hay nadie en el mundo semejante a él. Ha matado personas, sí, seres humanos que gozaban del don que solo Dios puede dar y quitar, y que sin embargo han visto extinguida su existencia en sus criminales manos. Hombres y mujeres (sí, también mujeres) que estaban vivas y que ahora ya no están en este mundo. Sencillamente ya no están (39).

El señor xxx me dictaba esta parte de su historia con la misma naturalidad con la que en otras ocasiones me había hablado de cosas igualmente absurdas pero inofensivas. En esos momentos ha percibido mis titubeos al teclear sobre la máquina y me ha sugerido suspender la sesión hasta mañana en caso de que me encontrara indispuesto; yo le he agradecido la deferencia y me he retirado a mi habitación blanco y trémulo como un condenado al cadalso. No podía ni puedo creer que a ese individuo no le haya temblado siquiera la voz al explicarme lo que yo no tengo ánimo de volver a escribir, y no puedo evitar ahora sentirme prisionero en esta casa, la casa de un loco. Al llegar a mi habitación he colocado una silla contra el pomo de la puerta para bloquearla, pues solo existe cerradura por el

lado exterior. Además, la ventana está diseñada de tal manera que no puedo abrirla lo suficiente como para salir por ella, y por fuera tiene una reja exterior que me impide huir aunque rompa los cristales. Porque mi único pensamiento ha sido huir, escapar, salvar la vida. Me he sentado en la cama tratando de pensar (40), y en un intento de poner en orden mis ideas he llegado a la conclusión de que, de haberlo querido, mi anfitrión ya me habría asesinado si es que esa era su intención; no lo había hecho y por tanto eso indicaba que no deseaba matarme (41). Tranquilizado levemente por ese pensamiento, he tratado de descansar un poco sobre la cama y apenas sin darme cuenta un enorme sopor se ha apoderado de mí. He debido de permanecer dormido toda la tarde pues al abrir los ojos hace unos instantes he visto que ya está la luna en el cielo. Mientras escribo estas líneas vuelve a mí la angustia de la incertidumbre y el miedo a estar bajo el mismo techo que un criminal. Si no quiero acabar aquí mis días, debo encontrar la manera de escapar. Pero si llegara a producirse una situación extrema, estas líneas que estoy escribiendo pueden ser las últimas de mi vida. Quizá pueda utilizar estas páginas como petición de ayuda, pero para eso he de hacer que salgan de esta casa. Trazaré un plan para que no caigan en poder de ese asesino. Buscaré un lugar donde guardarlas, donde esconderlas, y luego... (42).

Oigo pasos, alguien sube por la escalera... (43).

(44).

Sigo viviendo una pesadilla. Anoche ya no tuve fuerzas para continuar escribiendo, pero creo que he de obligarme a hacerlo; quién sabe si estas líneas no serán mi único modo de salvar la vida cuando llegue el momento.

Los pasos que oí anoche por la escalera eran los de Joseph, que quería saber si bajaría al salón para cenar; sin levantarme del escritorio le respondí que no me encontraba bien. A lo largo de la noche hice varios intentos por salir de la habitación amparándome en el silencio y la oscuridad, pero la puerta había sido cerrada desde fuera. Tal cosa me convenció, por si no lo estaba ya, de que mi destino estaba sellado, de modo que me resigné y permanecí en la habitación toda la noche sin dormir. Sin embargo, alguna cabezada sí debí de echar ya que por la mañana hice un nuevo intento y descubrí sorprendido que la puerta se abría sin dificultad (45). (46.) Bajé hasta el salón con sigilo; pensé que era perder el tiempo tratar de salir por la puerta principal pues a buen seguro estaría cerrada; no obstante hice la prueba y pude cerciorarme de que así era. Entonces mi vista se desvió hacia la mesita de mármol donde el día anterior había encontrado la revista: ahora había un libro. Aquello ya no podía ser casualidad: el título era *La voluntad de poder*, mi novela, la única novela que he escrito y que me introdujo en el mundo literario londinense hace apenas un año (47). La cogí y pasé sus páginas estúpidamente, sin lograr entender qué hacía mi novela allí, en aquella mesa, en aquella casa. En ese momento, unos pasos tras de mí, oí la voz del señor xxx:

—Buenos días, señor Hyne. Espero que se encuentre mejor.

Me giré y ahí estaba, de pie, con su sonrisa afable pintada en el rostro. Apenas si pude articular una pregunta.

—¿Por qué está aquí... mi novela?

Él hizo una pausa, una larga pausa durante la cual no dejó de mirarme fijamente. Yo no pude sostenerle la mirada y bajé la vista, y entonces sentí durante una eternidad sus

ojos clavados en mí (48), imaginando que empezaría a hablar con su natural facundia y cordialidad. ¿Puede haber algo más despreciable que la elocuencia de un hombre que no dice la verdad?

—Creo —dijo al fin— que es el momento de poner las cartas sobre la mesa.

Temí llegada mi hora (49), y en aquel momento supe cuán cierto es lo que tantas veces se cuenta de aquellos a los que el miedo atenaza de tal manera que no son capaces de mover ni un músculo y permanecen inmóviles, aterrorizados, impotentes, viendo cómo su verdugo se les aproxima. Pero el señor xxx no se movió de donde estaba y se limitó a seguir hablando.

—Supongo que esta situación le estará pareciendo muy extraña, señor Hyne; quizá incluso alarmante. Le aseguro que no tiene de qué preocuparse. Esa es su novela, sí; la leí hace un tiempo y me sentiría muy honrado si quisiera dedicármela (50). Me gustó, me gustó mucho. No sabría describirle por qué, no soy buen crítico literario, pero lo cierto es que la disfruté enormemente y en cuanto la terminé decidí que tenía que conocerle y hablar con usted.

—¿Le... gustó mi novela? —Confieso que no supe cómo reaccionar al oír sus palabras.

—Ya se lo he dicho —sonrió—, encontré su historia muy... afín a mis intereses. Además de que me parece que está muy bien escrita.

—Gracias —balbuceé, e involuntariamente adopté el papel del escritor mediocre que siempre he sido (51)—, la verdad es que las críticas no la dejaron en muy buen lugar cuando se publicó.

—Lo sé, leí algunas. Pero debería usted concederles la importancia que merecen, es decir, ninguna. Los críticos

literarios son como una jauría de perros en el *Boxing Day* (52), y el papel de zorro lo desempeñan las novelas. Recuerdo una crítica especialmente incisiva y mordaz, la que le dedicó Sir William Baltimore (53) en su columna semanal (54) del *Times*. Los demás diarios importantes, el *Daily Telegraph*, el *Daily Mail*, como suelen hacer, no se atrevieron a opinar en contra y abundaron en esa línea destructiva.

—Prefiero no recordarlo —repliqué con acritud—, la crítica de ese hombre fue la causa de que nadie diera ya un penique por mi incipiente carrera literaria.

—Lo creo; Sir Baltimore destrozó literalmente su libro, lo vapuleó de tal manera que... (55).

—Basta, por favor —supliqué, y entonces recordé el lugar en que me hallaba y la angustiosa situación de la que quería escapar—. Entonces... ¿usted me conocía antes de...?

—He de confesárselo, señor Hyne: sí, le conocía. Cuando leí su novela me vi tan reflejado en el protagonista, tan igual a él, que sentí la imperiosa necesidad de contactar con su creador. Me costó dar con usted, señor Hyne, lo admito; la novela está firmada con pseudónimo y pasaron meses hasta que averigüé que Stanley Hyne era el verdadero nombre del autor de *La voluntad de poder*.

—Se equivoca; mi nombre auténtico es el que firma la novela: Edward Curtis (56). Justo cuando gracias a la publicación de mi novela comencé a trabajar en la *Pearson's Magazine*, apareció la crítica de Sir Baltimore. Ello hizo que en la revista me obligaran a firmar mis escritos con otro nombre, con un pseudónimo. Stanley Hyne no existe, solo es el nombre falso bajo el que se oculta un escritor sin futuro (57).

—Su futuro está junto a mí, señor Hyne (o Curtis, como prefiera). Yo acudí a la redacción de la revista para hablar con usted pero ya le habían despedido; me dieron la dirección donde se hospedaba pero cuando llegué ya había sido desahuciado. Pasé dos días buscándole, señor Curtis, hasta que el destino quiso que por fin le encontrara, sentado en la calle en las afueras de Londres. ¿No es increíble?

—Sí, es absolutamente inverosímil que diera conmigo, y sin embargo es cierto (58). Pero hasta ahora no me había contado nada de todo esto. ¿Por qué?

—Soy prudente por naturaleza, no quería mostrarle mis cartas hasta haberle conocido mejor. Y ahora ya le conozco.

Estábamos conversando como si aquella situación no fuera la que en verdad era, como si se tratara de un admirador frente a su ídolo, un lector frente a su escritor favorito, y no un asesino frente a su prisionero. Entonces volví de nuevo al mundo real:

—Y ahora que me conoce, ¿qué es lo que... quiere de mí?

El señor xxx gesticuló mientras sonreía de nuevo.

—¡Lo que ya está haciendo, señor Curtis! Quiero que escriba para mí, que escriba el gran libro de su vida. Mejor dicho: de mi vida, porque usted será el autor y yo el protagonista. ¿Qué le parece? Ya ha empezado la tarea y no me negará que no disfruta con ello, y más ahora que sabe que trabaja para alguien que le admira como escritor y que por eso le ha contratado.

Yo tenía los sentidos embotados y no estaba seguro de haber entendido bien lo que me decía.

—Pero usted... usted es un... —me atreví, sí, me atreví a acusarle.

—No importa lo que yo sea, señor Curtis, sino lo que quiera ser usted. De acuerdo: soy un criminal, un sádico que mata a sus semejantes, un loco si lo prefiere. ¿Y qué? Sé que estoy por encima de cualquier otro ser humano que pise la tierra. Desde mi pedestal veo al resto de la humanidad ridícula e insignificante, cuando me apetece desciendo y aplasto alguna de esas hormigas, y lo mejor de todo es que disfruto con ello. No busco su aprobación, ni siquiera su comprensión; solo quiero que sea usted mi escritor, mi biógrafo, mi Homero, el cantor de mis hazañas, el cronista de mi cruzada; quiero que sea usted mi pasaje hacia la inmortalidad. Y así también logrará su particular porción de gloria, se lo aseguro.

Titubeé. Él siguió hablando (59).

—Señor Curtis, le estoy ofreciendo el éxito. ¿Qué prefiere, trabajar para mí o volver al callejón donde le encontré y morir de hambre como un escritor malogrado?

Yo seguía dudando (60). Y las palabras seguían inundando mis oídos.

—Después del fracaso de su libro, después de haber sido despedido de la revista, nunca podrá recuperar lo perdido, lo que le arrebató esa crítica demoledora, injusta y despiadada. Su nombre nunca estará junto a los grandes, no podrá jamás codearse con ellos. Sus excompañeros de la *Pearson's Magazine*, Wells, Kipling, Doyle, todos ellos continuarán sus carreras y sin duda tendrán éxito pese a ser peores escritores que usted, señor Curtis. Esa crítica le hundió en el más profundo de los pozos, arruinó su vida, le convirtió en un fracasado (61). Es la última vez que se lo pregunto, señor Curtis: ¿qué decide? ¿Se queda conmigo o vuelve a su mundo de ruina y perdición?

—Yo... no sé, no sé qué decirle, he de pensar, he de consultar.

—¿Consultar? No sea estúpido. ¿Consultar con quién? Aquí no hay nadie más.

—Sí hay alguien más. Estamos usted, yo... y también está él. ¿Qué opina usted? ¿Qué opina de esto, Sir Baltimore (62)?

*Le pregunto qué opina, Sir Baltimore (63).*

Sé que está ahí, sé que no ha sido capaz de dejar de leer estas páginas. Sí, le estoy hablando a usted, Sir Baltimore. ¿Qué opina de esta situación que usted ha provocado?, ¿qué debería hacer yo ahora? ¿Regresar a la miserable vida de fracasado a la que su crítica me condenó o convertirme en cómplice de la perversidad del señor xxx y cantar sus alabanzas cual aedo griego (64)? Imagino que no es fácil para usted responder, después de todo es el responsable de que me encuentre en este atolladero. De todos modos, y aunque no se lo merece, le ayudaré: no se preocupe por el señor xxx, estoy seguro de que no es de su agrado; tampoco a mí me complace, así que me encargaré de que no nos incomode más, ¿verdad que no lo hará, señor xxx? No, ya no puede responder porque acaba de desaparecer como por arte de magia. De hecho nunca ha existido pero ¿a que resultaba verosímil (65)? Tampoco se preocupe por Joseph, en realidad es un personaje sin peso y por ello su caracterización ha quedado un poco desdibujada. Desde este mismo momento queda eliminado también. De modo que, desaparecidos el señor xxx y su mayordomo, puedo ya escapar de la casa. Porque la casa existe, ¿verdad? Yo responderé por usted, Sir Baltimore: la tercera casa junto al Támesis de esa gran avenida adornada por frondosos árboles, que seguro se ha preocupado usted de investigar,

es un hermoso solar que pertenece al Ayuntamiento (66). No hay mansión, y por tanto no hay prisionero. Así que no existe la casa, no existe el mayordomo y no existe el diabólico señor xxx, a quien, por cierto, no me he querido molestar en buscar nombre. Hágalo usted si le resulta de interés. ¿No existe nada entonces, todo es falso, todo es ficticio? Eso parece, pero no me negará que cuando menos es verosímil, ¿verdad? ¿No es eso lo que usted busca en lo que lee, lo falso pero verosímil? Y ¿qué hay de mí, Sir Baltimore? ¿Ni siquiera existo yo? ¿Qué opina? (67).

Le ayudaré de nuevo. ¿Qué es lo que existe exactamente?, ¿qué hay de real en toda esta historia?, ¿qué hay de cierto? Yo se lo diré, aunque quizá ya conozca la respuesta (68): lo cierto es que Edward Curtis es el autor, como sin duda recordará y según sus propias palabras, de la peor novela escrita en los últimos veinte años; lo cierto es que trabajó como redactor en la *Pearson's Magazine*, donde la vergüenza por su pública humillación literaria le impedía firmar con su auténtico nombre hasta que su orgullo le forzó a abandonar por propia voluntad su trabajo, un trabajo que le encantaba. Lo cierto también es que desde hace cinco días dormía en un hospicio para indigentes. Y para concluir, lo cierto es que he escrito esta historia para que usted, maldito engreído, se mire en el espejo del señor xxx y descubra que, aunque sin duda es un personaje que le repele, en el fondo es igual a usted. Y para que compruebe si efectivamente, como dijo en su crítica, prefiere en sus lecturas lo verosímil aunque sea falso antes que lo cierto pero inverosímil. Ignoro si lo que acaba de leer le ha parecido más o menos cierto, más o menos verosímil; pero, para serle sincero, me importa bien poco su opinión. Sepa no obstante que esta pequeña fábula está dedicada

especialmente a usted, Sir Baltimore: usted, de quien sé que acostumbra a pasear todos los días siempre por la misma zona del Támesis; usted, de quien sé también que no habrá podido evitar la tentación de leer estas cuartillas que habrá encontrado en la orilla; usted, cuya llamada telefónica espero con ansia uno de estos días. Y cuando me llame, y no me cabe duda de que lo hará para cerciorarse de si Stanley Hyne trabaja en la redacción de la *Pearson's Magazine*, aún no he decidido si le contestaré con lo verosímil o con lo real: si le responderé que el señor xxx existe realmente y le ha escogido como víctima en su «búsqueda de un igual», o que el desdichado Edward Curtis, escritor prometedor a quien usted arruinó la vida sin pestañear, se suicidó ayer en un hospicio colgándose de una cuerda (69).

Firmado: Cyril Arthur Pearson

Editor de *Pearson's Magazine*

1· Máquina de escribir fabricada por la empresa americana *Remington Rand*, la cual nació como escisión de la *Remington Arms Company*, fabricante de armas.

2· Conocida revista de tendencia progresista y periodicidad mensual. Publica artículos de opinión, arte y política.

3· Estilo algo forzado, casi pedante. No hay duda de que se trata de una buena caracterización del «escritor mediocre».

4· Hay cierta poesía en lo escrito pero falta fluidez y naturalidad; suena falso y melodramático.

5· Es posible que el narrador se esté refiriendo al *cockney*, jerga de la clase obrera residente en las afueras de Londres. Yo mismo he presenciado conversaciones de ese jaez, y en verdad constituyen un galimatías indescifrable.

6· Innecesario: un calesín de una caballería habría sido más adecuado y creíble.

7· Luego, en efecto, es altamente probable que la ciudad en cuestión sea Londres.

8· La situación es inverosímil a todas luces. No encontrar ni una mísera ocupación que le permita ganar algún chelín, un *gentleman* que surge de la nada en los suburbios de la ciudad buscando ni más ni menos que un escritor, subir al carruaje de un desconocido sin saber adónde va, alojarse en su casa sin conocerlo en absoluto... Falta imaginación y sobran ganas de contar folletines. Otros lastres: la primera frase del relato es tópica y poco creativa, el comienzo está huérfano de sentido, la mención de la noche y la máquina de escribir quedan aislados sin solución de continuidad, ni tan solo el estado de ánimo del protagonista presenta una evolución verosímil. El escenario planteado en este último párrafo es muy afín a la estética melodramática que impera en algunas novelas de hoy en día; solo le ha faltado mencionar la niebla londinense para tener el cuadro completo. Hace poco he leído la última novela publicada por la editorial *Archibald Constable and Company* titulada *Drácula*, del irlandés Bram Stoker, y su inicio, pese al formato epistolar, es bastante similar a este relato autobiográfico aunque con bastante más peso literario, sin llegar a la genialidad.

9· El nombre aparece ilegible, como ¿borrado?

10· Brote de erudición pedante, innecesario e inexacto. El rey Ricardo I debe de ser con seguridad el monarca inglés más popular de toda la historia de Inglaterra. Por otro lado, la aparición aquí del término «amanuense» sin duda es una *boutade*: los amanuenses se dedicaban a copiar manuscritos a mano, no a máquina, y de hecho su oficio desapareció hacia el siglo XV tras la invención de la imprenta. Por tanto su mención es superflua además de anacrónica.

11: Nuevamente ilegible; lo de antes no fue, pues, accidental. ¿Por qué habría de hacer algo así el autor? Es probable que aún no haya decidido un nombre para el personaje.

12: «No emitiré queja alguna», ni yo tampoco, desde luego. Si «aplicar un formato más literario» significa hacerlo semejante en estilo al de estas páginas, no dudo de que el tal señor X acierta de pleno en querer supervisarlos. Por otro lado, está dentro de toda lógica someter un texto tomado al dictado a tantas revisiones y adecentamientos como sean precisos. De cualquier modo, son cuestiones argumentales que no me competen.

13: Releo el final de mi nota anterior y añado este inciso: en el fondo ¿qué es lo que me compete? Nada, a decir verdad. Pero no puede uno dejar de ser lo que es aunque lo intente.

14: Triste intento de crear ambiente; la mención de la luna llena carece por completo de originalidad.

15: La frase exacta es: «la grandeza de un hombre se mide por el uso que hace de su biblioteca». El autor de esta historia sigue sin remontar el vuelo.

16: Comienzo a pensar que la ignorancia y mediocridad que esta historia le atribuye a su protagonista no es solo ficticia sino también un reflejo de la mediocridad del autor. Es imposible que un novelista cree el personaje de un escritor y lo dote de tanto desconocimiento literario; cualquiera con un mínimo de cultura sabría quién es Homero, e incluso podría llegar a conocer la edición del libro que se menciona: sin duda alguna se trata de la traducción que el poeta Alexander Pope hizo del texto griego hace unos ciento ochenta años, y que John Flaxman ilustró a finales del siglo pasado. Toda biblioteca digna, pongo la mano en el fuego, cuenta con este libro; toda persona mínimamente culta conoce la *Ilíada* y todo escritor ha tenido que oír nombrar a Homero alguna vez en su vida. Sospecho, y no suelo equivocarme, que la ignorancia del

«escritor mediocre» de ficción no emana de otro lugar que de la propia ignorancia de su creador, un escritor mediocre auténtico.

17 ¿A qué viene explicitar ese absurdo diálogo con el mayordomo? Podía haberse resumido en una frase o haberse obviado sin más. Francamente irritante y arbitrario el estilo de este escritor.

18 Nuevo dato innecesario que no aporta nada al relato.

19 El uso de «evocar» no es correcto. No, no lo es. Por otro lado, concedo que el Támesis es ante todo un río bello y tranquilo que invita a su contemplación. Es algo que no he descubierto sino a una edad en extremo avanzada, desde que mi forzoso retiro me ha proporcionado más tiempo libre del que puedo disfrutar. O lo que es lo mismo: que el aburrimiento llena mis horas y no he hallado mejor modo de atemperarlo que dando largos paseos junto a la ribera del río. El trabajo es el refugio de los que no tienen nada que hacer, como me ha quedado demostrado, pues ahora que ya estoy retirado no tengo nada con que ocupar mi tiempo y por ello me dedico a pasear. El médico me ha dicho que debo hacerlo si no quiero que mi pierna se anquiloze y se seque como una momia. Me gusta imaginarme a mí mismo como aquel Kant, el filósofo de quien el buen Thomas de Quincey contaba que cada día daba un paseo idéntico al del día anterior, de manera invariable, mientras reflexionaba en sus metafísicas; yo hago exactamente lo mismo pero en mis paseos por la orilla del Támesis no pienso en nada sino que intento despejar la mente y liberarla de la tensión a la que ha estado sometida tantos años. Sin embargo, paradoja que solo el sabio Salomón sabría explicar, ha sido en las orillas del río, varada en unas rocas, donde encontré la bella cajita de metal labrado que contenía estas cuartillas escritas que ahora me entretienen y, por qué no decirlo, me irritan estúpidamente.

20: Este arrebatado poético contrasta con la tosquedad de otros párrafos.

21: Oh santa paciencia, cuánto rodeo para decir sabe Dios qué.

22: Absurdo, completamente absurdo.

23: ¡Cómo no, lo acabo de decir!

24: Acabáramos, ahora viene un ejercicio de «metaliteratura»: un relato dentro de otro relato. Me niego a seguir con esto. No recuerdo haber leído jamás invención semejante a esta, y he trabajado durante más de cuarenta años como revisor de textos y crítico literario en el diario más importante de Londres (y, por tanto, del mundo; está de más decir su nombre pues cualquiera a quien le interese podrá descubrirlo con una simple ojeada a la prensa de hoy en día, y a quien no le interese le va a importar poco no saberlo). Todo lo que se publicaba en sus páginas (¿todo? Sí, lo afirmo sin ambages) pasaba por mi examen; las editoriales me enviaban, y siguen haciéndolo, sus novelas para limosnear mi opinión, mi aprobación, cual veredicto de Radamanto. Como el cedazo de un buen harinero, yo he tamizado durante años todo lo que se ha publicado en este país. Hace unas semanas este harinero se retiró, no por voluntad propia sino porque Dios me concedió un tiempo para ejercer el oficio que ya se cumplió. Pero incluso con la vista cansada y mermada, no he podido sustraerme a lo que soy y a ponerme de nuevo los anteojos para leer estas cuartillas que la Providencia ha puesto en mi camino, como tampoco puedo evitar la escritura de estas notas que no van a tener otro lector que el propio autor de las mismas. Estas páginas han reavivado en mi alma la pasión, mi razón de ser, el oficio de mi vida; es el único mérito que le concedo a esta paparruchada folletinesca. Sin embargo, no voy a perder más tiempo leyendo los desatinos literarios de un pobre infeliz.

25: Por inercia he llegado hasta el final de estos párrafos, más decepcionantes si cabe que todo lo que antecede. Me

han recordado una novela que leí por encargo hace unos meses, pésima en extremo, en la que el protagonista era un criminal con una fuerza extraordinaria; afortunadamente, he olvidado el resto del argumento. Abandono, ahora sí, estas cuartillas con el leve consuelo de que por fin el narrador y yo estamos de acuerdo en algo: a ambos nos parece todo esto un desvarío propio de una mente enferma. Aquí lo dejo, no perderé más el tiempo.

26 Retomo la lectura de estas páginas a las que había renunciado hace dos días hastiado por la pobreza de su trama y estilo. De humanos es equivocarse, de inteligentes reconocerlo y de sabios repararlo, de modo que me veo obligado a darle la razón al duque de La Rochefoucauld, quien pese a haber nacido francés dijo la gran verdad de que el medio más fácil para ser engañado es creerse más listo que los demás. Tal cosa no es exactamente lo que me ha sucedido, pues por mi parte no ha habido error sino interpretación imprecisa que se ha dejado llevar por la fuerza de la costumbre; pero en mi descargo he de decir que si fue mi exceso de perspicacia el que me llevó al equívoco, ha sido esa misma agudeza la que me ha hecho ver la luz.

Había ido leyendo este relato con la convicción de que se trataba de una ficción ideada por un aspirante a escritor que pretendía emular cierto tipo de novelas, muy de moda en la actualidad, de tono pesimista y alejadas de las novelas de situación y costumbristas que tanto gustaron en épocas pasadas. Y en efecto el diagnóstico es acertado, salvo en un punto en el que ahora dudo: que no se trate de ficción sino de un suceso real. He llegado a esa creencia en parte por tener, gracias a Dios, las facultades mentales aún muy despiertas, y en parte también, he de confesarlo, por casualidad.

Porque ha sido la casualidad la que ha hecho que esta mañana llegara a mi domicilio, remitido por la editorial *C. Arthur Pearson*, un ejemplar de su última novela publicada: